

K. ■ Cuentos completos II

Dick



Además de novelista, Philip K. Dick fue un prolífico autor de cuentos y relatos, muchos de los cuales han sido llevados al cine en los últimos tiempos. Él mismo reunió sus narraciones breves en cinco volúmenes que ahora recuperamos en una edición revisada.

Esta segunda entrega recoge 28 relatos escritos entre 1952 y 1953, auténticas joyas literarias que destilan la magia propia de Dick y donde quedan patentes sus constantes obsesiones: la muerte, la alienación, la locura, la religión y la represión, y la naturaleza esquiva de la realidad.

De lectura ágil y entretenida, este libro nos invita tanto a adentrarnos en el fascinante universo dickiano como a observar la evolución del luminoso talento de uno de los escritores más relevantes del siglo XX.

Introducción

Norman Spinrad

El relato con el que Philip K. Dick debutó, «Más allá se encuentra el wub», fue publicado en 1952. Este volumen contiene 27 relatos cortos publicados entre 1952 y 1955, año en que apareció su primera novela, *Lotería solar*. Por si fuera poco, no incluye todos los relatos que publicó durante los cuatro primeros años de su carrera.

Este dato es, en sí mismo, muy notable. Pocos escritores podían enorgullecerse de contar con una producción tan prodigiosa en los cuatro primeros años de su carrera, incluso en aquel período, cuando los mercados de la ciencia ficción corta eran relativamente abundantes y los directores de las publicaciones tenían muchos huecos que cubrir. Si bien es indiscutible que hay en este libro varios relatos triviales y truculentos, la mayoría exhiben muchas de las virtudes incomparables de las obras de Dick más maduras, y hasta las de menor entidad están escritas con su estilo inconfundible.

Considerando que fueron escritas en un período de tiempo tan breve por un escritor novel que iniciaba su carrera, y que Philip K. Dick las debió pergeñar con rapidez para ganar dinero y hacerse un nombre, estos 27 relatos también adquieren cierta singularidad por lo que no son.

No se adaptan a la fórmula clásica de acción y aventuras. No hay *space opera*, ni datos concretos, ni civilizaciones extraterrestres sumamente avanzadas, ni héroes intrépidos, villanos y científicos locos, ni tampoco buenos y malos

de una pieza. Desde el principio, Dick escribió como si las convenciones comerciales del género no existieran. Hasta los relatos truculentos contienen trucos dickianos. Dick se dedicó desde el primer momento a reinventar la ciencia ficción y la convirtió en un instrumento literario para expresar sus preocupaciones y, también, sus obsesiones. Tenemos en las manos una especie de fascinante cápsula temporal, 27 relatos publicados antes de la primera novela de Philip K. Dick, el aprendizaje concentrado en narraciones cortas de un escritor que se convertiría en uno de los grandes novelistas del siglo XX y, tal vez, en el mayor novelista metafísico de todos los tiempos.

Dick empezó a escribir durante la transformación más gigantesca que la ciencia ficción ha experimentado, al menos desde el punto de vista de las publicaciones. A principios de los años cincuenta, las revistas todavía constituían el medio predominante de publicar ciencia ficción, lo que significaba que prevalecía el relato corto. Cuando Dick publicó *Lotería solar* en 1955, el libro de bolsillo estaba en camino de llegar a ser el medio habitual de publicación, y la novela, a su vez, la forma predominante.

En los años cincuenta, como el anticipo normal de una novela de ciencia ficción giraba en torno a 1500 dólares, cualquier escritor que tratara de ganarse a duras penas la vida escribiendo ciencia ficción se veía obligado a pergeñar relatos cortos para las revistas. Como el número de novelas que salían a la luz era limitado, también se veía obligado a destacar como escritor de cuentos antes de que una editorial le contratase una novela.

Hablando en términos literarios, y como bien demuestra este volumen, no era un sistema perjudicial, ni siquiera para un novelista nato como Dick. Estos 27 relatos, y los publicados antes de *Lotería solar*, fueron un aprendizaje, en el sentido más estricto del término.

Al leer seguidos estos relatos reunidos en un solo tomo, se aprecia una cierta similitud, ciertas repeticiones y reitera-

ciones; se intuye un escritor que está explorando el territorio de su obra futura. Se observa algo similar en la narrativa breve de otros escritores de la época y muy posteriores, como John Varley, William Gibson, Lucius Shepard y Kim Stanley Robinson.

Pero en este libro encontramos la característica uniformidad dickiana.

Muchos escritores de ciencia ficción que exploran un territorio en su narrativa corta temprana para desarrollarlo a fondo más tarde, tienden a crear un universo consistente, como el «Espacio Conocido» de Larry Niven, personajes recurrentes como el «Retief» de Keith Laumer o un marco histórico como la «Historia del Futuro» de Robert Heinlein, cuando no los tres a la vez.

Se trata, en parte, de una estrategia comercial. Un escritor novel que sea lo bastante ingenuo o loco como para basar su carrera exclusivamente en la narrativa breve, ha de escribir mucho y rápido para mantenerse a flote. Resulta mucho más fácil trabajar con escenarios, historias y personajes ya utilizados que partir de cero cada vez y, como han demostrado las cadenas de televisión hace mucho tiempo, las series de episodios constituyen el medio más veloz de hacerse con un público.

Sin embargo, Philip K. Dick no procedió así. En estos cuentos no se repiten personajes, no se intenta situarlos en un universo consistente. Tampoco existe la menor intención de poner en pie una historia del futuro coherente, a pesar de que existen tenues vínculos entre «La Segunda Variedad», «El mundo de Jon» y «James P. Crow».

Pero sí existen, sin duda alguna, temas, imágenes y preocupaciones metafísicas, y las encontraremos una y otra vez en las siguientes novelas de Dick, desarrolladas, trabadas, profundizadas y ampliadas.

La Tierra reducida a un montón de escombros nucleares. Sistemas armamentísticos robotizados que evolucionan hacia una pseudovida siniestra y antiempática. La libertad

humana pisoteada en nombre de la seguridad militar, la prosperidad económica o incluso por su propio bien. Realidades que se interpenetran. Paradojas y lazos temporales irónicos. Héroes y heroínas (gente corriente que trabaja en empleos corrientes) que tratan de salir del paso como pueden.

Estos relatos fueron escritos en pleno apogeo de la guerra fría y de la histeria anticomunista engendrada por el senador Joseph McCarthy y el Comité de Actividades Antiamericanas, en plena paranoia de la guerra nuclear, cuando en las escuelas se enseñaba a los niños a esconderse debajo de sus pupitres al sonar las sirenas que alertaban sobre ataques aéreos. Sus narraciones demuestran que Dick fue un escritor preocupado hondamente por la política desde el primer momento.

Pero demuestran muchas cosas más. En una época en que proclamar tales puntos de vista entrañaba no pocos peligros, Dick habló en voz alta y clara *contra* los temas que desataban la histeria en aquel tiempo: el militarismo, la obsesión por la seguridad, la xenofobia y el chovinismo.

Además, lo que estos relatos oponen a esos males políticos a gran escala no son virtudes políticas a gran escala, sino la íntima e imitada escala humana y las virtudes espirituales del heroísmo modesto, de la caridad y, sobre todo, de la empatía, que, al fin y al cabo, es lo que distingue al hombre de la máquina, a lo espiritual de lo mecánico, al ser auténtico de la seudovida amañada con la mayor habilidad.

Y si en estos relatos ya se intuye cuál iba a ser el tema central y el eje espiritual de toda la carrera de Philip K. Dick, también se intuye la génesis de la técnica literaria característica que con tanta eficacia lo reduce a un nivel humano íntimo y específico: la utilización del punto de vista múltiple.

Es cierto que el empleo de esta técnica no siempre alcanza la perfección en estos cuentos primerizos. En ocasiones introduce alegremente un punto de vista en una escena

por mera conveniencia narrativa. En otras, inserta la opinión de un personaje *in media res*, a fin de ilustrarnos una escena que no puede presentar con criterios que ya ha establecido. A veces, el punto de vista de un personaje aparece en unos cuantos párrafos y no vuelve a utilizarse.

Dick aprende la técnica del punto de vista múltiple en estos relatos. Sería más preciso decir que lo *inventa*, porque muy pocos escritores lo habían utilizado antes que Dick, y quienes lo adoptamos después contrajimos una gran deuda con él, tanto si fuimos conscientes de ello como si no.

Pues lo que permite al escritor la técnica del punto de vista múltiple dickiano es contar la historia desde el interior de la conciencia, del espíritu, del corazón de varios personajes, y no de uno solo. Da paso a la intimidad, garantiza empatía al lector, gracias a la multicomplejidad del espíritu humano dentro de los límites de un relato. Y en las manos de un maestro como Philip K. Dick se transforma en una serie de ventanas abiertas a la multicomplejidad metafísica de la propia realidad, la perfecta fusión de forma y fondo.

Estos 27 relatos no son perfectos. Sería faltar a la verdad y a la reputación literaria de Philip K. Dick pretender que representan la plena eclosión del talento maduro que se avecinaba. Sin embargo, también son ventanas abiertas al pasado, a los principios del largo y extraordinario viaje de un gran espíritu, y ventanas abiertas al futuro, a la visión plenamente desarrollada del maestro en el que se iba a convertir el joven y dotado aprendiz que los escribió.

Octubre de 1986

Creo que la paranoia, en algunos aspectos, es la evolución en los tiempos modernos de un antiguo y arcaico sentido que los animales de presa todavía poseen: un sentido que les advierte de que están siendo observados... Estoy diciendo que la paranoia es un sentido atávico. Es un sentido persistente, que tuvimos hace mucho tiempo, cuando éramos, o nuestros antepasados eran, muy vulnerables a los depredadores, y este sentido les advertía de que están siendo observados. Y eran observados por algo que, probablemente, iba a atacarles...

Mis personajes poseen a menudo este sentido.

Pero lo que en realidad he hecho ha sido transformar su sociedad en atávica. Aunque situada en el futuro, viven en muchos sentidos... Sus vidas poseen algo de retrógrado. Viven como nuestros antepasados. Es decir, tanto las maquinarias como los escenarios son futuristas, pero las situaciones provienen del pasado.

Philip K. Dick en una entrevista en 1974

1

La viejecita de las galletas

—¿Adónde vas, Bubber? —gritó Ernie Mill desde el otro lado de la calle mientras preparaba su itinerario.

—A ningún sitio —dijo Bubber Surle.

—¿Vas a ver a tu amiga? —Ernie se echó a reír—. ¿Por qué visitas a esa vieja? ¡Cuéntanos algo!

Bubber siguió caminando. Dobló la esquina y bajó por la calle Elm. Vio la casa al final de la calle, algo retirada del solar. Frente a la casa crecían multitud de hierbas, viejas matas resacas que crujían cuando soplaba el viento. La casa era como una pequeña caja gris, ruinoso y despintado, y los escalones de acceso se habían hundido. En el porche descansaba una vieja mecedora deteriorada por la intemperie, y de ella colgaba un trozo de tela roto.

Bubber entró en el sendero. Respiró profundamente cuando empezó a subir los desvencijados escalones. Ya percibía aquel aroma cálido y maravilloso, y la boca se le hizo agua. La perspectiva de lo que se aproximaba aceleró su corazón. Bubber tocó el timbre. Un timbrazo chirriante y oxidado se oyó al otro lado de la puerta. Hubo unos instantes de silencio, roto por el sonido de alguien que se movía.

La señora Drew abrió la puerta. Era vieja, muy vieja, una anciana menuda y apercaminada, como las malas hierbas que crecían frente a la casa. Sonrió a Bubber y le abrió la puerta de par en par para que entrara.

—Llegas a tiempo —dijo—. Entra, Bernard. Llegas a tiempo; están a punto.

Bubber se encaminó a la cocina y asomó la cabeza. Las vio, dispuestas en una gran bandeja azul colocada sobre la encimera. Galletas, un plato de galletas calentitas, recién salidas del horno. Galletas rellenas de nueces y pasas.

—¿Qué te parecen? —preguntó la señora Drew, que pasó rauda junto a él y entró en la cocina—. También querrás un poco de leche fría, supongo. Te gusta tomar leche fría con las galletas.

Tomó la jarra de leche que guardaba en el alféizar de la ventana que daba al porche trasero. Después, le sirvió un vaso de leche y depositó algunas galletas en una bandeja pequeña.

—Vamos a la sala de estar.

Bubber asintió con la cabeza. La señora Drew se llevó la leche y las galletas, y las puso sobre el brazo del sofá. Se sentó en su silla y contempló cómo Bubber se dejaba caer al lado de la bandeja y empezaba a atacar su contenido.

Bubber, como de costumbre, comió con buen apetito, concentrado en las galletas y sin emitir otros sonidos que los propios de la masticación. La señora Drew aguardó pacientemente a que el muchacho terminara; su ya abultado estómago se había hinchado aún más. Cuando Bubber vació la bandeja miró hacia la cocina, hacia las galletas restantes.

—¿Te importa esperar un poco a terminarte el resto? —preguntó la señora Drew.

—Bueno —aceptó Bubber.

—¿Cómo estaban?

—Estupendas.

—Eso está bien. —La anciana se reclinó en su silla—. Bueno, ¿qué has hecho hoy en la escuela? ¿Cómo ha ido?

—Bien.

La viejecita observó que la mirada del muchacho vagaba sin descanso por la sala.

—Bernard —dijo a continuación—, ¿quieres quedarte a charlar un rato conmigo? —El chico apoyaba en el regazo

algunos libros escolares—. ¿Por qué no me lees algo de tus libros? Ya sabes que no veo muy bien y es un descanso para mí que me lean.

—¿Podré comerme después el resto de las galletas?

—Por supuesto.

Bubber se acercó a ella, hacia el extremo del sofá. Abrió los libros. *Geografía mundial. Principios de aritmética. Ortografía...*

—¿Cuál quiere?

La anciana titubeó.

—El de geografía.

Bubber abrió al azar el gran libro azul: «Perú».

—Perú limita al norte con Ecuador y Colombia, al sur con Chile, y al este con Brasil y Bolivia. Perú está dividido en tres grandes regiones. La primera es...

La anciana lo miraba. Las fofas mejillas del muchacho temblaban mientras leía y seguía la línea con el dedo. La señora Drew guardaba silencio, contemplándole, estudiándole detenidamente, paladeando cada arruga de concentración en la frente, cada movimiento de los brazos y las manos. Se relajó y se hundió en la butaca. El chico estaba muy cerca de ella, a pocos centímetros de distancia. Tan solo la mesa y la lámpara los separaban. Era tan agradable que viniera... Llevaba cerca de un mes acudiendo a la cita, desde aquel día en que ella estaba sentada en el porche, le vio pasar y se le ocurrió llamarle mientras señalaba las galletas que tenía junto a la mecedora.

¿Por qué lo había hecho? Lo ignoraba. Vivía desde hacía tanto tiempo en soledad que se sorprendió diciendo y haciendo cosas extrañas. Veía a muy poca gente, y solo cuando bajaba a la tienda o cuando el cartero le traía el cheque de la pensión, sin contar a los basureros.

La voz del chico zumbaba monótonamente. La señora Drew se encontraba a gusto, tranquila y relajada. La viejecita cerró los ojos y cruzó las manos sobre el regazo. Y mientras dormitaba y escuchaba, algo empezó a ocurrir. La an-

ciana comenzó a cambiar; sus arrugas se desvanecían. Estaba rejuveneciendo, sentada en su butaca, y su cuerpo frágil y enjuto se llenaba de juventud. El cabello cano se espesó y oscureció; el color acudió a sus ralas mechas. La piel manchada de sus brazos adquirió un tono subido, como el que había tenido muchos años atrás.

La señora Drew, sin abrir los ojos, respiró profundamente. Sentía que algo ocurría, pero no sabía qué. Algo pasaba; lo sentía, y era bueno, pero no sabía exactamente qué. Ya había sucedido antes, casi cada vez que el muchacho iba y se sentaba a su lado; sobre todo en los últimos días, desde que había acercado la silla al sofá. Respiró hondo de nuevo. ¡Era fantástico experimentar aquella cálida plenitud, aquel soplo de calor en su cuerpo frío, por primera vez en tantos años!

La viejecita, sin moverse de su butaca, se había transformado en una matrona de cabello oscuro que rondaría los treinta años, una mujer de mejillas llenas y brazos y piernas regordetes. Sus labios volvían a ser rojos y en su cuello se concentraba un mínimo exceso de carne, como en el pasado tanto tiempo olvidado.

La lectura cesó de repente. Bubber cerró el libro y se puso en pie.

—He de irme —dijo—. ¿Puedo llevarme el resto de las galletas?

Ella parpadeó y se incorporó. El chico estaba en la cocina, llenándose los bolsillos de galletas. La mujer asintió con la cabeza, desconcertada, todavía bajo los efectos del hechizo. El chico recogió las últimas galletas. Cruzó la sala de estar en dirección a la puerta. La señora Drew se levantó. El calor la abandonó al momento. Se sentía cansada, muy cansada. Contuvo el aliento y respiró con rapidez. Se miró las manos: descamadas, arrugadas.

—¡Oh! —murmuró.

Las lágrimas nublaron sus ojos. Todo se había esfumado en cuanto el chico se había alejado. Se tambaleó hasta el

espejo situado sobre la repisa de la chimenea y se miró. Unos ojos viejos y apagados la contemplaban, unos ojos hundidos en un rostro ajado. Esfumado, todo esfumado en cuanto el chico se había apartado de su lado.

—Hasta luego —dijo Bubber.

—Vuelve —susurró ella—, vuelve, por favor. ¿Volverás?

—¡Claro! —respondió Bubber con voz apática. Abrió la puerta—. ¡Adiós!

Bajó los escalones. Al cabo de un momento se oyeron sus pisadas en la acera. Se había ido.

—¡Bubber, ven aquí! —May Surle, muy malhumorada, estaba de pie en el porche—. Entra y siéntate a la mesa.

—De acuerdo.

Bubber subió al porche con parsimonia y entró en la casa.

—¿Qué te ha pasado? —La mujer le tomó por el brazo—. ¿Dónde has estado? ¿Te encuentras mal?

—Estoy cansado.

Bubber se frotó la frente. Su padre salió de la sala de estar en camiseta, con el periódico en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Fíjate en él —dijo May Surle—. Está hecho un asco. ¿Qué has estado haciendo, Bubber?

—Ha visitado a esa vieja —dijo Ralf Surle—. ¿No te das cuenta? Siempre viene hecho un cromo después de visitarla. ¿Para qué vas allí, Bub? ¿Qué te llevas entre manos?

—Le da galletas —explicó May—. Ya sabes cómo es en lo referente a comer. Haría cualquier cosa por una bandeja de galletas.

—Escúchame, Bub —dijo su padre—. No quiero que vuelvas a ir a casa de esa vieja loca. ¿Me has oído? No me importa la cantidad de galletas que te dé. ¡Vuelves a casa demasiado cansado! Se acabó. ¿Me has oído?

Bubber clavó la vista en el suelo y se apoyó en la puerta. Su corazón, agotado, latía violentamente.

—Le prometí que volvería —murmuró.

—Puedes volver una vez más —dijo May, entrando en el comedor—, pero solo una. Le dices que no volverás nunca más. Díselo con educación. Ahora, ve arriba y lávate.

—Será mejor que se acueste después de cenar —dijo Ralf, que contemplaba a su hijo mientras este subía lentamente la escalera, apoyando la mano en la barandilla. Meneó la cabeza—. No me gusta —murmuró—. No quiero que vuelva más allá. Esa vieja es un poco extraña.

—Bueno, será la última vez —dijo May.

El miércoles amaneció cálido y soleado. Bubber paseaba con las manos en los bolsillos. Se detuvo frente a la tienda de McVane un momento y miró fijamente los tebeos. Una mujer bebía en el mostrador un gran batido de chocolate. Al verlo, a Bubber se le hizo agua la boca. Eso bastó para decidirle. Se volvió y continuó su camino, apresurando un poco el paso.

Pocos minutos después subía al desvencijado porche gris y tocaba el timbre. Detrás de él, el viento agitaba y hacía crujir las hojas. Eran cerca de las cuatro; no podría quedarse mucho rato. En cualquier caso, era la última vez.

La puerta se abrió. Una sonrisa iluminó el rostro arrugado de la señora Drew.

—Entra, Bernard. Me alegro de verte. Tus visitas me rejuvenecen.

Bubber entró y miró a su alrededor.

—Prepararé las galletas. No sabía si ibas a venir. —Caminó sin hacer ruido hacia la cocina—. Ahora mismo me pongo manos a la obra. Ve a sentarte en el sofá.

Bubber obedeció. Observó que la mesa y la lámpara habían desaparecido; la butaca estaba junto al sofá. La con-

templó con perplejidad, y en ese momento, la señora Drew entró en la sala.

—Ya están en el horno. Tenía la masa preparada. —Se sentó en la butaca con un suspiro—. Bien, ¿cómo te ha ido hoy? ¿Qué tal en la escuela?

—Bien.

La mujer asintió con la cabeza. ¡Qué gordito estaba el muchacho, sentado tan cerca de ella, con las mejillas sonrosadas y llenas! Estaba tan cerca que podía tocarle. Su viejo corazón se aceleró. ¡Oh!, volver a ser joven. La juventud era muy importante. Lo era todo. ¿Qué significado tenía el mundo para los viejos? «Cuando todo el mundo sea viejo, muchacho...».

—¿Quieres leerme algo, Bernard? —preguntó a continuación.

—No he traído libros.

—¡Oh! —La mujer movió la cabeza—. Bueno, yo tengo algunos —se apresuró a decir—. Los traeré.

Se levantó y se dirigió a la biblioteca.

—Señora Drew —dijo Bubber cuando la anciana abrió las puertas—, mi padre dice que no podré volver aquí. Dice que hoy es la última vez. He pensado que sería mejor decírselo.

Ella se quedó inmóvil. Todo pareció saltar a su alrededor, la sala se retorció de furia. Contuvo la respiración, asustada.

—Bernard, no... ¿No vas a volver?

—No, mi padre dice que no.

Se hizo el silencio. La anciana eligió un libro al azar y regresó lentamente hacia la butaca. Al cabo de unos momentos, le pasó el libro al muchacho con manos temblorosas. Bubber lo tomó sin decir nada y examinó la cubierta.

—Lee, Bernard, por favor. Por favor.

—Muy bien. —Abrió el libro—. ¿Por dónde empiezo?

—Por donde quieras. Por donde quieras, Bernard.